

se detiene a ver, por primera vez, lo ya visto. Es la sacudida a lo consabido, a lo obvio, para descubrirle su lado oculto, para derrumbarle su apariencia. Es de allí de donde surge la ironía que acompaña toda la obra. Hernández no se propone ser irónico. Es de la obviedad evidenciada de donde surgen las contradicciones ocultas. Se hace necesario entonces extrañar los lugares comunes para no perder el asombro, y menos la conciencia.

Se hace indispensable, también, salirse del autismo que producen la academia, los rincones bibliográficos, las silleterías en serie, las definiciones vigentes, las pizarras vacías, para adentrarse en el asombro cotidiano donde todo está por descubrirse.

Es un acercamiento a lo real, un primer intento de romper las murallas personales para comenzar a ser habitante partícipe de la tierra-tierra. Al conocimiento adquirido en los libros o en la universidad, al idealismo de la academia, se va sobreponiendo el principio de realidad a medida que el poeta va habitando los espacios más comunes.

En los primeros poemas protagoniza en primera persona muchos de los trayectos cotidianos. Trasciende su individualidad, siendo otro ciudadano más, obligado a cumplir el irremediable destino del hombre que tiene que pagar arriendo, viajar en bus, confundirse en el tumulto, cumplir con una rutina:

*Sobre el cemento las ruedas
sobre las ruedas, yo.
Ellos, conmigo, vamos en
conjunto
regodeados en nuestro tránsito
De Luxe,
para que sobre el concreto,
las ruedas, y nosotros sobre las
ruedas
accedamos sin sobresaltos
a nuestra jornada destinada
y laboral.
(De Sic transeunt, pág. 20)*

Siempre lejos de la resignación o el derrotismo. Inmerso, se distancia

para narrarnos lo que pasa a su alrededor.

Otras veces, al interpelarse a sí mismo, reconstruye con mirada crítica su biografía inconclusa, la del hombre de mar que llega a vivir en el laberinto encerrado de la ciudad montañosa.

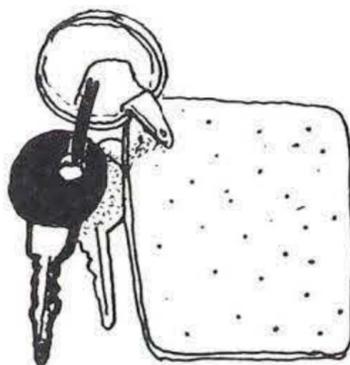
En poemas como *Sobrevuelos*, *Apartamentos modelos*, *Suelo solidario*, cobra distancia para recuperar esa primera mirada de asombro de extranjero en la ciudad. Intenta rescatar esas imágenes más cercanas del sentido primero, aquellas que fueron desdibujándose con la costumbre, con el adormecimiento de los gestos repetidos.

Así, habitando realidades, el poeta termina por trascenderse, primero en la mujer-compañera y finalmente en la palabra poética.

Poesía narrativa porque describe y cuenta. Sin embargo, es una prosa rítmica (más que verso libre), musical, llena de juego de sonidos internos, juego con las sílabas en el interior del verso, trabalenguas, ejercicio vocal.

Es un libro lleno de aciertos. Aunque a veces desigual, repetitivo en algunas imágenes, alcanza a configurar una expresión poética sólida, un espacio entre la realidad y la palabra en el que la apariencia, lo sabido, lo que se ha vaciado de significado por la fuerza de la costumbre, se carga de sentido. Volver a mirar el mundo con asombro, recuperarse como ser en otros, trascender en las realidades más intrascendentes es la forma como Javier Hernández, con la palabra-imagen como instrumento, se decide a tocar tierra.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO



Y el tedio bogotano se hizo novela

Sin remedio

Antonio Caballero

Oveja Negra. 1984, 515 págs.

Un Bogotá de lluvia diaria. Un tedio vital permanente, como una interminable tarde de domingo bogotano. Un santafereño raizal que ha perdido sus raíces, por inútiles, por obsoletas: secas como las barbas de un ficus.

Ese es el escenario, el ambiente oprimente y el personaje decadente y sorprendido, que no sorprendente, de *Sin remedio*, 515 páginas de apretada impresión (¡señores de la Oveja Negra, por favor, déjennos un margen aunque sea para descansar la vista!). Es un largo relato de corte clásico, sin sorpresas, sin altibajos, sin brillo pero con oficio, que nos transmite con minucia —y a ratos casi con sevicia— la atmósfera en que subsiste la vieja oligarquía santafereña, utilizando para ello la sinrazón existencial de uno de sus retoños: Ignacio Escobar, 31 años, casado y dejado por su esposa, poeta frustrado cuyo único proyecto coherente es tratar de escribir en Bogotá un poema épico sobre el sentido de la existencia, “sobre la cual había querido escribir un poema sórdido y espantoso” (pág. 329), él, que no logra dárselo a la suya propia. En este camino encuentra dos sinsentidos insuperables: el de su vida no asumida: “y siempre con la misma nostalgia de inacción, de corcho en el remolino; con la misma añoranza del vientre de su madre, penumbroso y caliente, rítmicamente estremecido por un bombeo de sangre fresca, suspendido en la vida como un globo en el cielo. Pero su madre no estaba ya dispuesta a recibirlo de nuevo en su matriz. Tal vez iba siendo hora de que se incorporara a la vida real” (pág. 406). Ya desde el epígrafe se anuncia esta situación, eje generativo del relato: “conozco tus hechos y sé que tienes nombre de vivo pero estás muerto” (Apocalipsis, 3,1). El otro obstáculo está en la naturaleza